

# SUPLEMENTO FEMENINO

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 30 de Octubre de 1930

Núm. 394

## Que pase la tormenta...

Durante nuestros períodos de sangre fría es preciso trazar el programa, inflexible, que debemos poner en práctica en los períodos de emoción, de cólera, de violencia.

Cuando estamos turbados, sea cual fuere el motivo de nuestra turbación, somos incapaces de tomar ninguna resolución prudente, porque el objeto que nos emociona, adquiere tanta importancia a nuestros ojos, que nos hace perder el sentido de las proporciones relativas de las cosas y nos inutiliza para examinar imparcialmente, la situación; y sin embargo entonces es cuando mayor necesidad tenemos de ser clarividentes, puesto que el nuevo acontecimiento que destruye nuestro equilibrio, produce al mismo tiempo en nuestra esfera algunos desconciertos ante los cuales debemos tomar un partido.

Por otra parte como nos hallamos inclinados a subrayar por medio de alguna manifestación exterior violenta, el sentimiento interno que nos agita, nos vemos arrastrados a pronunciar, en un corto espacio de tiempo, juicios terribles, a aceptar compromisos poco o nada meditados, a determinar rupturas de las que nos arrepentiremos luego.

Recordemos aquellas horas imprudentes en que nuestra mente extraviada por la desesperación, la indignación, el odio, formulaba sin titubear, con un énfasis algo dramático, unas determinaciones insensatas. Una vez pasada la ráfaga pudimos comprobar los daños que había causado; habíamos herido unos corazones amigos con palabras inolvidables o irreparables; habíamos abandonado unas tareas preciosas que nos gustaban y que debíamos cumplir; y habíamos contraído compromisos que nos situaban en un callejón sin salida; en una palabra, pasa resolver problemas delicados, que requerían mucha circunspección, habíamos obrado como un niño encolerizado que patealea y estropea su juguete porque no funciona bien.

Es, pues, indispensable que tomemos, por adelantado, cuando nada nos conmueve, ni nos ciega, las disposiciones que han de permitirnos atravesar la crisis con los menos perjuicios posibles.

Observad que no tratamos aquí de combatir la legitimidad de nuestra turbación; es muy admisible que nuestras cóleras y rebeldías, nuestros temores y angustias sean absolutamente justificadas; este lado de la cuestión no se halla en juego ahora; pero, sí, queremos insistir en el hecho de que, justos o no, esos sentimientos efímeros y exagerados no deben dictarnos, en modo alguno, determinios y actos definitivos de los cuales seremos después tributarios en la vida normal.

¿Qué haremos cuando el tumulto se levante en nosotros? Desde los primeros síntomas, al sentirnos agitados, emocionados, conmovidos, es preciso ponernos en guardia para evitar toda imprudencia, y contener to las esas fuerzas que bullen en nuestro interior y

que tratan de salir violentamente y de desparramarse. Esto será indudablemente, una labor dura, siempre menos penosa, si se empieza a tiempo, porque es menos difícil guardar un silencio completo que detenerse en medio de un apóstrofe cruel o de un párrafo fulminante, y menos doloroso es también sufrir sin quejarse una injusticia, que exhalar moderada y parcialmente la indignación que ocasiona.

Al mismo tiempo, ese valor nos trae una recompensa inmediata: el fuego, contenido de ese modo, se apaga pronto y la paz interior vuelve, tanto más rápidamente, cuanto con mayor energía hayamos tratado de mantenerla en el exterior.

Decidámonos, pues, a sostenernos firmes durante todas las tormentas que puedan desconcertar nuestra alma, para no cometer ninguna de estas faltas graves de las que se hacen culpables tan fácilmente, el espíritu y el corazón, abandonados a sus emociones.

Para estar seguros de llevar a cabo esta importante resolución, existen algunas precauciones que vamos a indicar:

Hemos hablado ya del silencio, esa hermosa muralla impávida, tras de la cual es posible restablecer apresuradamente el orden. Indiquemos también las ocupaciones acostumbradas que son esenciales calmantes; romper con ellas porque estamos emocionados sería temerario y aumentaría nuestra emoción. No nos olvidemos, pues, ni del bordado habitual, ni de frotar los muebles que cada día limpiamos, cuidadosos de su conservación, no alteremos el conjunto de trabajos familiares, porque ellos contribuyen a mantener nuestro equilibrio.

Entonces, ¿estamos condenados a no manifestar nunca las emociones que se apoderan de nosotros?

En modo alguno, y aun es necesario a veces revelar nuestras rebeldías y entusiasmos: ciertos actos requieren el choque de reacciones lógicas y nuestro prójimo tiene, con frecuencia necesidad de recibir la lección que nuestras emociones puedan sugerirnos para él; pero éstas serán mucho más eficaces si esperamos a formularlas cuando hayamos recobrado toda la sangre fría necesaria para hacer bien este trabajo.

LISETA



Almohadón de gruesa tela bis, bordado con cordónnet de colores, el gato ser negro, los peces rojos, la pecera azul claro



Manteau formando tramas con grueso tafetas negro bordado con gris y plata y adornado con un gran cuello de hermine. Vestido de muselina de seda negro

## La mujer y el hombre

No teman nuestras lectoras que vayamos a aventurarnos en consideraciones filosóficas buscando comparaciones de cualidades o defectos. El objeto de nuestra crónica es más sencillo y suponemos que más grato para las que nos dispensen el honor de leer estas líneas. Sencillamente queremos hacer algunas consideraciones acerca de los trajes de los hombres.

Seguramente la lectora habrá hecho muchas veces la observación de que la mujer va progresando, sin duda alguna y prescindiendo de pequeños retrocesos en la elegancia de sus vestidos. Cada día se afina más y se perfecciona la línea del traje femenino. Es posible que existan varias tendencias que hacen su aparición ordenada y sucesivamente, pero también es cierto que a medida que pasa el tiempo, mejor y con mayor elegancia viste la mujer de nuestros días.

En cambio, es opinión general de nuestro sexo que el hombre lo hace cada vez peor. En general sus trajes son feos y además el hombre es un descuidado. Naturalmente los hay que visten muy bien y se preocupan de ir a la moda y de llevar trajes correctos, bien cortados, de buenas telas, etc. pero la inmensa mayoría carece de esa coquetería y van hechos unos adanes.

¿De quien será la culpa? ¿De los sastres o del público? Puede ser que la haya por ambos lados pero no hay duda de que el público masculino, con su indiferencia por lo que se refiere al vestir, es el culpable del mal aspecto que ofrecen nuestros compañeros de humanidad.

En efecto, cuando observemos una pareja, veremos que ella siempre viste con una elegancia y con un buen gusto (y no hablemos ya de la respectiva belleza personal) que excede extraordinariamente a la de él. Si por un momento pudiésemos olvidar la costumbre que tenemos de ver tal contraste, nos parecería que contemplamos a una reina con uno de sus servidores vulgares. Y eso aún suponiendo que él sea un hombre elegante y que no tenga la despreocupación normal en nuestra juventud deportista, que ha olvidado incluso la conveniencia de llevar cuello, corbata, sombrero, guantes, etc. es decir, los únicos pequeños detalles que antes venían a mejorar un poco la falta de elegancia masculina.

No hay duda de que en la vida activa y de trabajo intenso de nuestros días, los hombres no pueden vestir como en la edad media y ni siquiera como en el Renacimiento. Las sedas, los en

cajes, las cintas y las pieles no son apropiados para los trajes de trabajo de nuestros días. Pero no hay duda de que la cosa tiene remedio y que, todas nosotras (puesto que en realidad está en nuestras manos la solución) deberíamos esforzarnos en conseguir tal resultado.

Repetimos que los trajes masculinos del siglo XX no pueden tener la riqueza y la fantasía de los de otras épocas, pero sí se podrían estudiar formas serias y elegantes, telas adecuadas al objeto y algo, en fin, que viniese a terminar con la moda actual, que ya dura demasiado; pues con ligeras variantes si ne más de un siglo de existencia. Nuestra época debería resolver esta importante cuestión y dar a los hombres unos trajes más elegantes y que estuviesen más en armonía con el traje femenino. Naturalmente que a ello se oponen las actividades de nuestros compañeros, pero como se comprenderá, no nos referimos al traje que hayan de llevar en el trabajo, sino al de calle, hoy demasiado vulgar, y hasta al de etiqueta que sólo se distingue por sus líneas rectas y su color negro, es decir, que está desprovisto de toda gracia y además es fúnebre.

Se han hecho algunas tentativas para modificar el traje masculino de acuerdo con el tipo adoptado para el deporte, pero no se ha logrado, sin duda por resultar tanto o más feo que el que se pretendía substituir. La realidad ha venido a demostrar que no es esa la dirección conveniente y que es preciso seguir otra muy distinta.

Tal vez si se organizaba un concurso entre los dibujantes de trajes, se diese con un modelo que alcanzase aceptación general. Por el momento podría limitarse la cuestión al traje de etiqueta y hasta al de playa, paseo, etc. y luego adoptar el de deporte para el trabajo, pues para eso tiene condiciones, por resultar cómodo y aun susceptible de ser agradablemente modificado. Creemos que de esta manera lograríamos vestir mejor a nuestros padres, esposos, hermanos amigos, y que ellos, a la postre; nos lo agradecerían, pues lo cierto es que ninguno está satisfecho de la moda que ha de seguir. No se atreven, naturalmente, a modificar nada por su cuenta, pero aceptarían con gusto algo nuevo, realmente elegante, y que les librase de la horrible fealdad de sus pantalones, chaquetas, fraques, etc.

MISS ANY

## Del poeta de los cantares

I

Quando eras pobre y honrada  
te dí cariño y respeto!  
¿desde que eres señorita,  
ni te conozco, ni quiero!

II

Si nos hallamos un día  
ante el Tribunal divino,  
¿como llorarás entonces  
lo mala que eres conmigo!

III

Condena Dios a los viejos  
a querer los imposibles  
y a sufrir con los recuerdos.

IV

Cambias tus besos de fuego  
por otros besos de nieve,  
¿si me besas de ese modo  
es mejor que no me beses!

V

Los cariños más grandes  
ligeros pasan,  
¿aunque mucho deslumbran,  
pronto se apagan!

VI

A una vieja besó un fraile  
y como un hombre lo viera,  
le dijo al fraile—Hijo mío  
esto es hacer penitencia!

VII

¿Como he luchado en la vida,  
sin pensar en mi delirio,  
que pronto vendrá la muerte  
y con la muerte el olvido!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

## La Moda en París

París, Octubre de 1930.

No hay duda de que en los modelos de la presente estación existe una diversidad extraordinaria, que dificulta mucho la elección del modelo, pero si se tiene un poco de gusto para fijar la categoría que nos conviene y elegir las siluetas que más apropiadas hayan de ser a nuestro tipo, tendremos mucho ganado para lograr el acierto entre tan infinitos modelos y variaciones tan extraordinarias.

Para los trajes de noche conviene, desde luego, elegir la falda larga y de tela delgada (con o sin *basque*). El tejido debe ser ligero, aunque de caída marcada, como por ejemplo, el *romain* y los nuevos *crespone*s de la misma familia, y si se prefiere terciopelo o tafetán, la falda deberá ser ancha por abajo. En las telas primeramente mencionadas, es donde vemos aparecer la cola, que en adelante será ya inevitable, y con la cual deberán acostumbrarse los pies de los caballeros que cruzan los salones con demasiada prisa. Sin embargo, no hay duda de que ocurrirán algunas catástrofes, porque lo cierto es que en nuestra generación ni nosotras ni los hombres estamos acostumbrados, no ya a la cola, sino que ni siquiera a la falda larga. En fin, es de esperar que todos acabaremos por habituarnos.

En los trajes de día, se usará por la mañana la chaqueta corta, que, muchas veces, tendrá el aspecto de *basque*, porque irá la falda estrachada en el talle por medio de un cinturón o de pinzas disimuladas, y por la tarde una túnica bastante larga, de seda, tendida sobre un bajo de falda del mismo tejido que el abrigo, cruzado y largo hasta media pierna.



Vestido de muselina de seda azul, la parte alta trabajada con alforcitas y canutillo de cristal en la cintura y hombreras

Siempre resulta bastante difícil aconsejar un tono de color característico en una estación determinada. Cada uno de los grandes modistos suele tener una tonalidad particular y las clientes, después de haber visto desfilar ante sus ojos toda una colección, se inclinan, naturalmente a uno u otro tono. Sin embargo, las estadísticas formadas por los tratantes en telas, al por mayor, parecen indicar que para los trajes de día se prefieren los tonos negros y la gama de colores que va desde el marrón al pardo oscuro. Estos colores predominan en mucho sobre los verdes oscuros. También se ven algunos azules y a veces algunos tonos grises que usan, sobre todo, las elegantes que quieren singularizarse.

Para los trajes de noche parece que vencen en toda la línea el blanco y el negro. Siguen, en orden de preferencia, los azules pastel y los verdes y el rosa es menos frecuente todavía. El rojo es ya excepcional y el tono violeta apenas se emplea.

Ya se ve, pues, que tanto si elegimos el pardo, el negro o el verde para el traje de día, o el blanco y el negro para la noche, estamos dentro de la ortodoxia. Sin embargo, conviene señalar que en una fiesta reciente celebrada en honor de



Manteau de terciopelo verde, adornado con renard gris

los modistos franco belgas, vióse que Madame Jeanne Lanvin daba el ejemplo en favor del rojo.

Se advierte alguna tendencia ligera y discreta en favor de los bordados y, en fin, en lo que se refiere al adorno de los trajes, reina una verdadera variedad que hace muy difícil dar indicaciones útiles.

También, en general, parece que se huye de la elegancia en serie, para ir, decididamente, hacia una gran libertad de líneas. En cuanto a pieles se abandonan un poco los *renards* para volver al *astracán*, comprendiendo en este el tono *beige* y el *breitschwanz*, las pieles de marta empizan a verse e igualmente los *pekar*.

En fin, como decíamos, una diversidad extraordinaria.

A. D'ENERY.

## A la salud de D. Juan (1)

Don Juan; no será completa la fiesta dada en tu honor si no surge un trovador y algunos versos te espeta. Yo, desmedrado poeta, me uno al coro general de este homenaje brillante del modo más natural porque como soy *vocal* he de buscar consonante.

Lo he de buscar con afán, poniendo a contribución la sincera devoción que tu mereces, Don Juan. Sepan, pues, los que aquí están que no saldré con el cuento de lanzar rípios en *iga* y acabar frases en *ento* para rimar con la Liga o encajar al Salvamento.

Más, no es fácil encontrar una frase afortunada que tu labor esmerada consiga sintetizar. Porque te he de declarar que, caballero sin tacha, y activo más que el que más, de todo el mundo oírás que trabajando eres *acha* y organizando eres *as*.

A fuerza de organizar sin descansar ni un momento del estado soñoliento nos has hecho despertar. Desde el Cuerpo Consular tan grave y lleno de tino hasta el *gimnasta pedestre*, siguen el mismo camino y, es más, el *Viejo Marino* alegra al *joven terrestre*.

Apenas en lontananza, cuando el sol las ondas dora, el semáforo avizora alguna nave que avanza, la reglamentaria danza se organiza sin tardar para que pueda bailar el alegre viajero, ya nacional, ya extranjero, que nos viene a alborotar.

Ha bastado que tu quieras dar al puerto animación para que aplauda Mahón a remeros... y a remeras, Y llevándolas a otras esferas toda tu solicitud das alegría a las bellas para que los padres de ellas te deban su gratitud, y te quieran las doncellas.

(1) Poesía leída por su autor en el banquete celebrado el día 5 de octubre en honor del excelentísimo señor don Juan F. Taltavull, Presidente de la Junta Provincial de la Liga Marítima.

Todo está muy bien ganado pero, a decir la verdad, tan dulce cordialidad tus sudores te ha costado. Porque está ya descontado que no hay rosa sin espinas, según el refrán expresa, y tu te doblas o inclinas bajo las *horcas caudinas* de la alegre *Polonesa*.

Gratitud y admiración engendran la simpatía que te muestra en este día la sociedad de Mahón. Y al alzar de corazón mi copa, en tu honor, yo quiero proclamar lo que serás, que es lo que fuiste primero, como el que más, caballero y amigo, como el que más.

JOSÉ COTRINA.

5 Octubre 1930.

## DE COCINA

### DULCE DE PERAS

Cuézense las peras después de peladas y de haberles quitado el rabo y corazón, pasándolas luego por un tamiz o cedazo a fin de que suelten bien el jugo; después se volverá todo al perol añadiendo una libra de azúcar por cada tres de peras. Déjese cocer todo sin dejar de moverlo hasta que espese lo bastante, y luego retírense del fuego dejándolas enfriar antes de embotellarlas. El dulce de ciruelas y el de grosellas se hace del mismo modo.

### PATATAS ESTOFADAS

Se cocuen en agua se pelan y se recortan en rajás, se ponen en una cacerola con manteca, sal, pimienta y perejil y cebollas picadas con un poco de harina; se les hecha caldo de carne o de vigilia y un vaso de vino, sirviéndolas con poca salsa.

### COMPOTA DE PLÁTANOS

Se mordan y cortan los plátanos en rodajas algo gruesas y se ponen a cocer en un jarabe hecho con 400 gramos de azúcar para cada medio litro de agua perfumada a la vainilla. Los plátanos se sirven fríos en el mismo jarabe y son un postre exquisito.

## ECONOMIA DEL HOGAR

**A**PROVECHE sus prendas usadas; la ropa nunca es vieja por estropearse el tejido, sino porque su color es feo, desteñido o pasado de moda. Tíntelos cómodamente en su casa, vestirá bien, ahorrará dinero y encontrará verdadero placer usando los tintes domésticos de la acreditada marca

### "HOME DYE"

De venta en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón.

Imp. de Manuel Sintet Rotger. Plaza del Príncipe 17, Mahón.

## FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

### EL SECRETARIO

— POR —  
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(89)

ño que no sentía hacia la señorita de Vargas y todo era falso... Pero ella misma, si se le preguntase, no podría decir, en verdad, que yo le haya vuelto a dirigir una palabra de amor desde nuestra ruptura.

—Entonces, ¿para qué hace usted esa comedia—interrogó, irónica, la de Mur.

—Para que usted me olvide—declaró noblemente el muchacho.

—Es usted muy generoso, señor Estrada. Quería usted que fuese yo la primera en romper esta especie de compromiso moral en que parecemos envueltos. Y veamos todo ello... ¿por qué?... ¿Quiere usted que yo se lo diga? Sí; voy a decirselo. Esta entrevista nuestra será, probablemente, la última en la cual se tratará de este asunto y, abusando de esa circunstancia,

bien puede decirse todo. Es usted orgulloso, querido tutor, y creía rebajarse aceptando la mano de una mujer que, en concepto del mundo, pertenece a más alto nivel social. Creía usted, con razón, que yo no renunciaría, al casarme, a usar todos mis títulos, y le repugnaba tener que agradecerme los y le humillaba tener que ostentarlo... Créese usted inferior a mí y no quiere deberme nada. Y, en lucha el orgullo y el amor, ha vencido el orgullo. Pues bien, amigo Estrada: el instante ha llegado. Conceptúese usted libre de todo compromiso, de toda obligación; concédale usted a su orgullo esa satisfacción inmensa... Yo haré por olvidarle... aunque no es fácil que lo consiga porque soy muy tenaz en mis afecciones, y usted será feliz con la embriaguez de su soberbia triunfante. Se casará usted con Inés de Vargas o con cualquiera otra muchachita encantadora que le adore; una mujer a la cual nada tendrá usted que agradecer... Ni siquiera las locuras generosas de un amor tan intenso como el que yo pensaba darle, a cambio de un pequeño sacrificio de amor propio.

—¡Oh, ha dicho usted que me quiere...! Lo ha dicho usted y piensa dejarme...—exclamó apenadísimo el tutor.

—¡Bah!—repuso friamente la joven. —Quería usted que le olvidase... ¡y está usted servido!

—¡María Victoria!—Imploró de nuevo el muchacho, casi en un sollozo.

Ella le miró despectiva, y él, desolado, fué tropezando hasta el sillón, dejándose caer sobre el asiento de rico y antiquísimo cuero cordobés, y, rechazando el retrato que sonreía encima de la mesa, echóse de bruces sobre ella llorando como un niño.

Algo se revolvió en las entrañas de María Victoria al ver aquellas lágrimas, muestra de una debilidad conmovedora en un hombre como aquel. La virilidad abatida tiene algo de trágico y solemne. La desesperación del hombre que siempre conoció sereno y dueño de sí mismo, la impresionó muy hondamente. Se acercó a la mesa atraída por aquel gran dolor; cogió, con una amargura inexplicable, el retrato, y un punto quedóse estupefacta viendo, con grande asombro, su propia figura sonreír sobre el fondo negro de

la valiosa fotografía. Las letras e egantes de la dedicatoria bailaron por un momento delante de sus pupilas extraviadas... Creyó entonces lo que Estrada le acababa de decir; creyó que ella sola era la adorada, la amada, en quien se piensa en la soledad y en el silencio, guardando su recuerdo a toda mirada sacrilega y, libre de rencor, juzgó serenamente la conducta de Gonzalo. Momentos antes la calificó de egoísta y soberbia; ahora, a la nueva luz de un juicio tranquilo y completo, vió que era generosa e hidalga. Cambios de la veleta del juicio y de la razón humanas.

En un instante se domoñó su altivez y se arrancó decidida a todo mezquino prejuicio, a toda baja consideración social, salvando con desesperado esfuerzo su felicidad y su amor que periclitaban.

Llegó hasta él, se arrodilló a su lado y separóle con las manos las de él que se crispaban sobre la cabeza en la convulsión de un sollozo.

—¡Gonzalo!—murmuró con voz sofocada, donde el amor y la piedad, la ternura y la emoción se confundían. No me irá, pero, por amor de Dios...

no floreció así. Ma quedará aquí, a su lado para siempre, como usted soñaba; tendré para usted el amor apasionado de la amante, la ternura dulcísima de la esposa, la cariñosa solicitud de la amiga y, amada por usted, seré a su lado... lo que usted quiera que sea—terminó ardentemente, levantándose.

Un grito ahogado de ventura salió de la garganta de Gonzalo Estrada y extendió sus manos y estrechó las de ella con fervor, como si aún temiese que fuesen a arrancársela.

—Te adoro, María Victoria.

—Te quiero, Gonzalo.

Se hizo el silencio en el reposo de la noche azul y un temblor de gozo y de paz llenó la vida de aquellas dos almas. Todas las cosas se vistieron de transparencia y nitidez, como las rosas blancas de la aurora... Cantó un pájaro desvelado. Y por el despacho se oyó un rumor suave, como un batir de alas de algún amorcillo reidor que, después de disparar sus flechas, traveso y jugueteó, alzase el vuelo buscando el campo yermo de otros corazones.